



# Memorias de la Revolución



280 Aniversario  
de la Universidad  
de La Habana





# Memorias de la Revolución

**Cordinadores**  
**Enrique Oltuski Ozacki**  
**Héctor Rodríguez Llompart**  
**Eduardo Torres-Cueva**

IMAGEN  CONTEMPORANEA

Cátedra  
Club Faustino Pérez

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA**

**Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

**Editora principal:**

Gladys Alonso González

**Coordinadora general:**

Esther Lobaina Oliva

**Administradora editorial:**

Yasmin Ydoy Ortiz

**Responsable de la edición:**

Zayda González Amador

**Diseño de cubierta:**

Yamilet Moya Silva

**Maquetación:**

Beatriz Pérez Rodríguez

© Todos los derechos reservados, 2007

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2007

ISBN 959-7078-94-5

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,

Universidad de La Habana

L y 27, CP 10400, Vedado,

Ciudad de La Habana, Cuba.

E-mail restherl@infomed.cu

yasmin@ffh.uh.cu

## Índice

Presentación

*Eduardo Torres-Cuevas / VII*

La Constitución del 40. Antecámara de la revolución socialista

*Armando Hart / 1*

El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952

*Mario Mencía / 12*

Rafael García Bárcena y el Movimiento Nacionalista  
Revolucionario (MNR)

*Enrique Oltuski / 32*

*Armando Hart / 43*

El asalto al cuartel Moncada

*Martha Rojas / 47*

Fundación del Movimiento 26 de Julio

*Armando Hart / 78*

Frank País y los orígenes del movimiento revolucionario  
en Santiago de Cuba

*Jorge Ibarra / 92*

Vida y obra revolucionaria de Faustino Pérez

*Reinaldo Suárez / 115*

El movimiento militar del 4 de abril de 1956

*José Ramón Fernández* / 143

El Directorio Revolucionario y la FEU  
de José Antonio Echeverría

*Mario Mencia* / 166

La Hombrada de José Antonio

*Faure Chomón* / 194

El desembarco del *Granma*

*Pedro Álvarez Tabío* / 206

Cincuenta años en la memoria

*Juan Nuiry* / 221

El Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana  
(De 1957 al 8 de enero de 1959)

*Jorge Alberto Serra* / 231

La Huelga del 9 de Abril de 1958

*Mario Mencia* / 269

El Movimiento Revolucionario en la Enseñanza Media

*Ricardo Alarcón* / 295

La Reunión de Altos de Mompié

*Enzo Infante* / 323

La victoria en la Sierra Maestra

*Amels Escalante* / 341

El Gobierno Revolucionario en Armas

*Reinaldo Suárez* / 353

La Invasión a Occidente

*Harry Villegas* / 386



*A Fidel, de sus combatientes de ayer,  
de hoy y de siempre, de su Universidad,  
por su presencia, en un aniversario más  
de su natalicio.*



## Prólogo

Al sonar las doce campanadas que anunciaban la llegada del año 1959, en el campamento militar de Columbia se daban los últimos pasos de un estudiado y minucioso plan orquestado por el dictador Fulgencio Batista y Zaldívar. Después de alzar las copas para brindar por el nuevo año, el general Eulogio Cantillo Porras se puso de pie y dirigiéndose a Batista, expresó lo que ambos ya habían acordado: “Señor Presidente, los jefes de las Fuerzas Armadas consideramos que su renuncia a la Primera Magistratura de la Nación contribuirá a restablecer la paz que tanto necesita el país. Apelamos a su patriotismo...”. El tirano lo miró y, asumiendo pose teatral, le respondió: “Renuncio forzado por las autoridades eclesiásticas, los hacendados y colonos, por los que se pasan al enemigo, por los que no han ganado ni una escaramuza frente a los barbudos...”. Hasta el final, el dictador manipulaba la realidad; ocultaba la derrota de sus tropas y la crisis irreversible que ya enfrentaban sus fuerzas militares en las provincias de Las Villas —en cuya capital ya peleaban las tropas rebeldes bajo las órdenes del Che—, y de Oriente —sobre cuya capital se cerraba el cerco de las fuerzas comandadas por Fidel—.

La propia ciudad de La Habana mostraba, en aquellos días navideños, un extraño y poco común rostro. La consigna del Movimiento 26 de Julio de 03C (cero club, cero cine, cero cabaret), por una parte, y por otra, la actividad represiva de soldados y poli-

IX

cías hacían que todas las calles de la ciudad y sus centros nocturnos y diurnos se mantuvieran casi vacíos. En el interior de la ciudad, las acciones de los miembros de las organizaciones revolucionarias y las del Movimiento de Resistencia Cívica seguían creciendo en número y efectividad.

En realidad, lo que Batista y Cantillo habían preparado, y que podía parecer un golpe de Estado, en lo cual el dictador era un experto, consistía en el último intento por escamotear el triunfo revolucionario. El general Cantillo Porras, último jefe de las tropas de operaciones de las fuerzas militares de la dictadura en Oriente, había comprendido desde tiempo atrás la inutilidad de continuar la lucha. Disciplinado y subalterno al dictador —a quien le informaba hasta los últimos detalles de la situación—, estuvo dispuesto a convertirse en el “hombre clave” para ejecutar el plan elaborado por Batista. Cantillo Porras había palpado la desmoralización que se estaba produciendo en las fuerzas militares de la dictadura. En realidad, Batista se había visto forzado a aumentar el número de sus soldados sobre la base de reclutas mal pagados, los conocidos como 33,33 como referencia al salario que recibían, mientras que no se atrevía a mover sus mejores fuerzas de La Habana. Incluso, los mandos no parecían ya tan seguros. Se había visto en la necesidad de traer de nuevo a servicio activo al general José Eleuterio Pedraza, conocido como uno de los más represivos e inescrupulosos jefes militares.

El movimiento que se estaba ejecutando en Columbia, planeado por Batista con un menguado grupo de colaboradores, pretendía escamotear la victoria revolucionaria reduciéndola a su renuncia a la presidencia —y a la de las figuras más maculadas del régimen a sus cargos— pero preservando todo el sistema político, social y económico. Su idea consistía en la colocación, en una junta cívico-militar, de un poder que, esperaba, recibiera el apoyo de las instituciones y clases sociales hegemónicas y del gobierno de los Estados Unidos. Por ello, atribuía su renuncia a esas instituciones y clases y no al arrollador empuje del Ejército Rebelde. Esta era la esencia de la propuesta que, a nombre de su

X



gobierno, le había hecho, catorce días antes, el embajador de los Estados Unidos, Earl T. Smith: sacrificar el régimen para salvar el sistema. Aún, al pie de la escalerilla del avión, a las dos y treinta de la madrugada, Batista daba las últimas instrucciones a Cantillo Porras: “Llama enseguida al magistrado Piedra. Convoca a una conferencia del Bloque de Prensa. Comunícate con el embajador americano. No sueltes a los oficiales presos en Isla de Pinos”, entre otras.

Una parte importante del proyecto de subvertir el triunfo revolucionario la había llevado a cabo el general Cantillo Porras tres días antes, el 28 de diciembre, cuando se entrevistó con el líder de la Revolución, Fidel Castro, en el central Oriente. La reunión duró varias horas y en ella se acordó que el 31 de diciembre las fuerzas del Ejército Rebelde entrarían en Santiago de Cuba mientras en el cuartel Moncada el ejército de la dictadura se sublevaría. De inmediato se convocaría a las demás guarniciones militares para que secundaran el movimiento. De intentar resistir la dictadura, se iniciaría la marcha sobre La Habana. Pese a la insistencia de Fidel de que no lo hiciera, el general Cantillo mantuvo su decisión de viajar a la capital pero con el acuerdo, bajo palabra de honor, de no aceptar golpe militar alguno, de impedir la huida de Batista y la de los asesinos del régimen y de no hacer contacto con la embajada norteamericana. Cantillo, de acuerdo con Batista, hizo todo lo contrario.

La respuesta de Fidel fue rápida e inmediata. Convocó a una Huelga General Revolucionaria, le ordenó a todos los jefes del Ejército Rebelde proseguir la ofensiva hasta lograr la rendición incondicional de los jefes militares de la dictadura y orientó la instauración, en todo el país, de las fuerzas revolucionarias en todas las instancias de gobierno. La Huelga fue un éxito completo y tuvo, también, un efecto multiplicador al involucrarse definitivamente todo el pueblo con las acciones revolucionarias. El avance de Fidel por todo el país culminó el 8 de enero con su triunfal entrada en La Habana. No sólo había caído la dictadura, también su aparato represivo y todos los puntos políticos en que se apoyaba el antiguo régimen.

XI

Vistas hoy, las imágenes de aquellos extraordinarios días de enero de 1959 resultan más impresionantes debido a la multitudinaria manifestación de júbilo y a la intensa actividad revolucionaria, en no pocos casos espontáneas e ingeniosas. Para los que vivimos aquellos días, nunca hubo nada igual a pesar de otros trascendentales momentos de nuestras vidas. Era el cierre de una época más que de un régimen y los cubanos así lo sentíamos. En aquellos barbudos que bajaban de las sierras y en los luchadores clandestinos, muchos de ellos con las marcas de la tortura, se colocaba la esperanza de un cambio definitivo para el pueblo de Cuba. El propio Fidel advertía que los años por venir no serían fáciles; serían de dura lucha por crear una nación independiente y solidaria, un pueblo ético, sano y culto, una sociedad justa y de igualdad social. Pero, en el disfrute del momento glorioso y victorioso, la mirada retrospectiva a los duros años de enfrentamiento a la tiranía no era, simplemente, un recuerdo devoto; era, ante todo, el necesario estudio de un proceso revolucionario extraordinario, de una experiencia de honda significación, no sólo para Cuba, sino para toda América Latina y el mundo. La Revolución Cubana había roto esquemas; había hecho más: había creado una nueva visión de la Revolución y había colocado en los grados más altos una ética profundamente humana, solidaria y unitaria.

De esa historia trata este libro. Sin esquemas teóricos ni visiones teleológicas; simplemente, grandes momentos de ese proceso vistos por protagonistas y estudiosos que se van enlazando armoniosamente, por formar todos parte de una historia común. El propio conjunto de la obra rompe el sonido monocorde del análisis simplón. Recrearnos en enero del 59 no es sólo explicar un momento de victoria, es ante todo, reflexionar sobre como se llegó a ella y cuales fueron los factores que la hicieron masivamente popular y triunfante. Y, en realidad, enfrascados en otra etapa revolucionaria, la de construir una sociedad nueva, muchos olvidaron la necesidad de escribir esta historia; o simplemente postergaron ese compromiso. Más aún, fueron tantos los hechos y fue tan rico el proceso ideológico emanado de la praxis revolu-

## XII

cionaria, que la síntesis sistematizadora y explicativa aún hoy sigue siendo una necesidad no cubierta. El general Raúl Castro, en una ocasión, expresó que habíamos hecho la Revolución pero no habíamos sido capaces de escribir su historia. A esa reconstrucción analítica y crítica pretende contribuir el Club Martiano Faustino Pérez de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana. Esta obra es uno de esos trazos.

Desde muchos observatorios se puede estudiar la etapa insurreccional de la Revolución Cubana. En un sentido restringido, todo parece haber comenzado una noche de 1952.

Era la noche del 9 de marzo. Fulgencio Batista había estado preparando, con un escaso grupo de oficiales de baja graduación en activo y varios de sus antiguos seguidores en retiro, un golpe de Estado. En realidad era una débil unión. Por una parte, estaba el grupo de militares en activo, capitanes y tenientes casi todos, encabezados por el capitán Jorge García Tuñón, que pretendía utilizar a Batista como figura política, para un nuevo reparto de los mandos militares; acción dirigida fundamentalmente contra el inepto general Ruperto Cabrera, jefe del ejército. Por otra, el grupo de militares y políticos asociados a Batista y que los presidentes auténticos, fundamentalmente Ramón Grau San Martín, habían alejado de mandos militares y de funciones públicas. Lo que los oficiales en activo no previeron, aunque algunos de ellos ya estaban comprometidos con Batista, fue que el astuto personaje ya había preparado un golpe de Estado sobre el golpe de Estado. Durante parte de la madrugada, Batista estuvo prácticamente retenido en el club de oficiales mientras que García Tuñón trababa de organizar el golpe. El madrugonazo lo da Batista, al colocar a los jefes iniciales en condición de subordinados. El viejo y fiel Francisco Tabernilla Dolz ocupa la jefatura del ejército; el jefe de la policía motorizada, Rafael Salas Cañizares, es nombrado jefe de la policía. A las 7 de la mañana ya casi todo está controlado por Batista menos la guarnición del Palacio Presidencial y la de

XIII

Matanzas, esta última bajo el mando del general Eduardo Martín Elena.

En la medida que avanzaba el día 10 de marzo las manifestaciones de protesta contra el golpe iban creciendo. La Universidad de La Habana, que desde los tiempos de Julio Antonio Mella se concebía así misma como promotora de cambios políticos y sociales, preservadora de la República y defensora de la democracia ultrajada, se convirtió en centro de concentración de muchos de los que exigían una acción contra los golpistas. La Federación Estudiantil Universitaria (FEU) está entre las primeras organizaciones que exigen armas para enfrentar el “cuartelazo”. Todo dependía de la actitud que asumiera el presidente de la República, doctor Carlos Prío Socarrás. Pero este, después de prometer armas y resistencia, se asila en la embajada de México. Así se inicia la segunda dictadura de Fulgencio Batista y Zaldívar, uno de cuyos primeros actos será la suspensión de la Constitución del país. Con esta acción sella abiertamente el carácter ilegal, anticonstitucional y represivo de su régimen.

Entre los primeros en movilizarse contra el golpe de Estado está el doctor Fidel Castro Ruz. Este efectúa una acusación en el Tribunal de Urgencia contra el nuevo dictador por haber violado las leyes constitucionales del país. Según el propio derecho constitucional es legítima la resistencia contra quien lo viole. De este modo, la acción revolucionaria de esta etapa adquiere, en sus mismos orígenes, carácter ético, legitimidad y condición patriótica. La dictadura instauro de inmediato la represión y, con ella, el crimen y la tortura. La corrupción y el saqueo de las riquezas del país conforman parte de su esencia. Más que un gobierno ilegal, se ha instaurado un régimen despótico y sangriento. El enfrentamiento a este, a lo que representaba y a lo que no representaba, es el primer motor de una juventud dispuesta a derramar su sangre para derrocar la tiránica impostura. Se inicia en su contra una lucha desigual que durará 6 años, 9 meses y 21 días.

Más a fondo, y en un sentido amplio, el régimen batistiano no hacía más que agudizar la crisis histórica de la sociedad cubana. Si

#### XIV

la Revolución que se iniciaba quería llegar a la solución definitiva de los principales problemas del país, entonces el problema no era sólo el régimen despótico sino el sistema desigual, dependiente y opresivo.

En cierta forma, el doctor Rafael García Bárcena —el centenario de su natalicio se celebra en el presente año— definió lo que, en común, era la esencia de una verdadera y auténtica Revolución en Cuba: no queremos lo que se instauró el 10 de marzo, pero tampoco lo que existía el 9 de marzo. Y ¿qué existía antes del golpe de Estado?

En 1940, después de un intenso proceso revolucionario surgido en el enfrentamiento a la dictadura de Gerardo Machado y Morales, se aprobó una nueva Constitución de la República. Esta, según expresión del doctor Raúl Roa —el centenario de su natalicio también se celebra en el presente año— fue el resultado de dos impotencias; ni las fuerzas revolucionarias ni las liberales-conservadoras pudieron imponerse. No obstante, el resultado podía considerarse positivo. En su letra y en su espíritu, la Ley Fundamental de la República tenía un fuerte contenido nacionalista y validaba gran parte de las conquistas sociales del período de lucha revolucionaria: ratificaba el carácter laico del Estado; proclamaba la total soberanía nacional; establecía que la enseñanza primaria era pública, gratuita, laica y obligatoria; instituía el pago del retiro para los trabajadores, así como las pensiones por enfermedad; preconizaba el derecho de los trabajadores y colocaba la jornada de ocho horas como obligatoria; proclamaba la ley de Reforma Agraria; reconocía la expropiación forzosa por causa justificada de utilidad pública o de interés social; declaraba punible el racismo y establecía el ordenamiento administrativo del Estado sobre la base de los municipios. Mucho de lo estipulado en la Constitución requería de leyes complementarias que nunca fueron dictadas, como es el caso de la de Reforma Agraria. En este sentido, el problema social y político se agudizó. Mientras el texto constitucional reconocía una serie de

XV

derechos, en la práctica política y en los mecanismos de funcionamiento socioeconómicos eran flagrantemente ignorados cuando no violados. De aquí que la Constitución se convirtiera en un referente paradigmático en las luchas sociales y políticas. Exigir el cumplimiento de algunos de sus articulados podía interpretarse como una actitud subversiva.

La crisis mayor de los años 40 estuvo promovida por la demagogia política y las promesas incumplidas; por la utilización de los cargos públicos para el enriquecimiento personal a costa de los presupuestos del Estado; por la proliferación de grupos armados que disputaban a tiros los espacios públicos; por los negocios turbios; por la desilusión popular que, a su vez, generaba la apatía hacia la vida pública y el escepticismo en la solución de los problemas; por el desempleo y la pobreza. En particular, los gobiernos auténticos resultaron los que provocaron una verdadera crisis de la democracia burguesa. Elegido Ramón Grau San Martín, en 1944, presidente de la República, el pueblo esperó medidas de un profundo contenido nacionalista y social. La corrupción, la lucha entre grupos armados rivales, el despilfarro del tesoro público, todo ello recubierto con demagogia política, hicieron más profunda la decepción que estuvo acompañada de la pérdida de todo norte político. La Revolución Cubana de 1959, se estaba incubando desde el interior de la crisis de la democracia burguesa liberal; y esto es importante. La Revolución no es resultado de la ausencia de esa democracia representativa sino de todo lo contrario, de su puesta en práctica y de su fracaso. La idea de una democracia participativa, en la que los mecanismos de poder no fuesen delegados en unos representantes corruptos y ajenos a sus supuestas bases, constituía una aspiración que aún era más negación que solución estructurada.

El último eslabón de la crisis lo representan Eduardo Chibás —también conmemoramos el centenario de su natalicio en el presente año— y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Al margen de otras apreciaciones, lo que le dio a Chibás un espacio único en ese período fue que sus campañas políticas se centraron en la crítica a

## XVI

la corrupción reinante en la llamada “clase política” y en un discurso impreciso de promesas políticas. Lemas como “vergüenza contra dinero” y símbolos como el de la escoba “para barrer bribones y ladrones” explican que muchos jóvenes, ansiosos de actuar para “cambiar las cosas”, encontraran, sobre todo en la Juventud Ortodoxa, el espacio para debatir ideas y expresar tendencias ideológicas. El disparo con que Chibás cortó su vida, definido por él como su “último aldabonazo”, provocó un estremecimiento en las conciencias y reafirmó la lucha por cambiar aquel lamentable estado político del país. Una última esperanza descansaba en las elecciones presidenciales de 1952. El golpe de Estado las impidió.

Pese a la crisis sistémica, expresada como crisis política, existían bases revolucionarias consensuadas a la hora de explicarse la situación cubana y sus posibles salidas. No era sólo negación; era propuesta de cambio. La necesidad de una reforma agraria que diera tierras a los campesinos y pusiese fin al latifundio; la nacionalización de las principales riquezas del país para ponerlas en función del desarrollo socioeconómico; una campaña de alfabetización que eliminara esa lacra social para permitirle a esa parte de la población una vida social activa y participativa; un mejor reparto de las riquezas y la eliminación de la pobreza; la creación de fuentes de trabajo para suprimir el desempleo y el subempleo; una moralización general de la vida pública y social con la eliminación de sus extremos, la prostitución y el vicio; y el destierro definitivo de la politiquería y de los lazos de dependencia, formaban parte de las ideas que podían unir en un proyecto revolucionario. Todo ello tenía dos grandes pilares. Ante todo, el pensamiento revolucionario de José Martí. Unía, por encima de banderas partidistas, sobre todo a los jóvenes sin partido, la idea de la República Martiana “con todos y para el bien de todos”. Por ello, en su alegato de defensa, conocido como “La historia me absolverá”, Fidel coloca a Martí como el Autor Intelectual del programa y la acción de los asaltantes al Cuartel Moncada; que era decir, el programa y la acción de la Revolución naciente. Su lectura permitió a numerosos jóvenes, y a otros que ya no lo eran, encontrar una razón para luchar; una razón

XVII

para la vida. El otro basamento importante lo era la convicción de que Cuba no podría contener un pueblo para sí mientras todo su sistema de funcionamiento estuviese piloteado desde y por los intereses de los Estados Unidos. República martiana y antiimperialismo constituyeron los escalones fundamentales en el proceso de formación del pensamiento de la Revolución Cubana. La Revolución debía surgir sin ningún compromiso con los viejos político y sin ningún acuerdo con los Estados Unidos; debía ser sentido ético, unidad del pueblo, descompromiso con el pasado y forja de un ciudadano nuevo constructor de una sociedad nueva. Con esos valores, sepultureros del mundo político de antes y después del 10 de marzo, se lanzó lo mejor de la juventud cubana y de los hombres y mujeres de todo el pueblo a “conquistar el cielo por asalto”. Esta obra es recuento, encuentro y memoria de esa conquista.

Sobre esta etapa de la historia de Cuba, sobre acciones y reacciones, sobre heroísmos y represiones, sobre la vida cotidiana y el cotidiano heroísmo, es que versa este libro. Pudiera decirse que casi todos los cubanos que vivieron la época tienen algo que contar; cada cual desde su ángulo; cada cual desde su modo de interpretar los hechos; cada cual desde sus vivencias. Pero, particularmente creo que lo más importante hoy es entender como pensaban y sentían los que participaban en una lucha desigual, iniciada hace ya más de medio siglo. Muchos de los actores de relevantes momentos de esta historia han muerto en el transcurso de los años. Otros, ya muestran en su rostro las huellas del tiempo. Es de lamentar constatar que habrá hechos que nunca estarán en la memoria de nuestro pueblo porque no hay constancia escrita de ello y sus protagonistas ya no están entre nosotros ni han dejado escrita la parte que vivieron y que tanto nos hubiera interesado a los reconstructores de memoria. Una juventud ansiosa desea conocer sus raíces y estamos obligados a responder a sus reclamos.

Si, por un lado, este libro recoge, acontecimientos significativos del proceso revolucionario, narrado por aquellos que los

## XVIII



vivieron, también recoge investigaciones detalladas sobre algunos de esos acontecimientos. Entre los temas estudiados, están: el golpe de Estado de Batista; el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y su fundador Rafael García Barcena; el asalto al cuartel Moncada; la fundación del Movimiento 26 de Julio; Frank País y los orígenes del movimiento revolucionario en Oriente; la personalidad de Faustino Pérez; el movimiento militar del 56, conocido como el de “Los Puros”; el Directorio Revolucionario y su líder José Antonio Echeverría; el desembarco del *Granma*; el Movimiento de Resistencia Cívica; la Huelga del 9 de Abril; el movimiento revolucionario en la enseñanza media; la reunión de Altos de Mompié; la victoria en la Sierra Maestra; el gobierno revolucionario en armas y la invasión a Occidente. En su conjunto, se sigue una línea de continuidad del proceso insurreccional que contiene los cambios cualitativos que en él se van produciendo.

Quizás, lo más importante de esta obra consiste en que cada trabajo está escrito por un destacado participante del acontecimiento narrado. Los nombres de Armando Hart, Enrique Oltuski, Ricardo Alarcón, José Ramón Fernández, Faure Chomón, Juan Nuiry, Enzo Infante y Harry Villegas, expresan, por sí solos, la calidad y seriedad de las narraciones y los análisis. No menos ocurre con el de los destacados investigadores que han dedicado años al estudio de la temática abordada, Jorge Ibarra, Martha Rojas, Mario Mencía, Pedro Álvarez Tabío, Reinaldo Suárez y Amels Escalante.

Estos textos no fueron escritos con la intención del que piensa en un libro; por el contrario, fueron leídos ante un anfiteatro, lleno de antiguos combatientes, profesores universitarios, estudiantes y muchas personas que simplemente asistieron porque quisieron conocer esta época heroica de nuestra historia y debatir sobre ella. La decisión de que quedaran en letra impresa vino después cuando los compañeros que dirigíamos los Seminarios y el Club Martiano Faustino Pérez comprendimos que, aquel conocimiento no debía quedarse en el estrecho marco de las personas que se reunieron en el anfiteatro Sanguily de la Universidad de La Habana.

XIX

Creímos necesario extenderlo a un público más amplio, a través de este libro.

El 28 de enero de 2004, en acto público en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, quedó constituida, por resolución rectoral, la cátedra universitaria Club Martiano Faustino Pérez adscrita a la Casa de Altos Estudio Don Fernando Ortiz de esa Universidad. El hecho devino el resultado de un detenido proceso de estudios sobre la necesidad de reconstruir el pensamiento y la acción de la Revolución Cubana por medio del rescate y análisis documental, de la reconstrucción de hechos y procesos y de salvar la memoria viva de los combatientes y estudiosos de esta. Al mismo tiempo, en el Club Martiano Faustino Pérez se creaba un espacio universitario para la Sociedad Cultural José Martí. Fueron numerosos los compañeros que aportaron ideas y sugerencias. Alma de este proceso lo fueron los compañeros Enrique Oltuski, presidente del Club, Armando Hart, director de la Oficina del Programa Martiano y Héctor Rodríguez Llompart, vicepresidente de ese Club. En particular, debemos dejar constancia del esfuerzo, inteligente y sostenido de ese combatiente ejemplar de juventud imbatible por los años, Enrique Oltuski. A su entusiasmo y energía, a sus magníficas dotes de moderador deben gran parte de su éxito los Seminarios de esta cátedra universitaria.

Fue en esos meses iniciales de 2004, que comenzó el primer ciclo de estos Seminarios, justamente el que recoge esta obra. Fue el primer paso del Club Martiano Faustino Pérez en torno a la necesidad de no dejar perder la información, las vivencias, las experiencias que muchos de esos combatientes tenían y que no estaban plasmadas en obras escritas. Más aún, la preocupación conjunta estaba en la pregunta: ¿cómo se escribiría la historia de la Revolución Cubana cuando pasaran los años y los combatientes ya no pudieran testimoniar y los investigadores solo tuvieran a la mano los documentos —parte de los documentos— de todo lo que una vez existió? Quizás uno de los méritos que tiene el Club Martiano Faustino Pérez haya sido la permanencia, durante dos años, de los Seminarios mensuales dedicados a testimoniar o ana-

XX

lizar hechos importantes de esta etapa de nuestra historia. No hubo persona, a la cual se dirigieran los organizadores de los Seminarios, que no aceptara participar en ellos. La presencia de combatientes, de profesores y de estudiantes permitió un dialogo generacional como pocas veces se ha producido. No fueron pocos los debates que alcanzaron temperaturas para romper un termómetro, pero que satisfactorio resultaba ver la franqueza con que todos se expresaban.

En mi opinión, uno de los problemas más serios que tiene el historiador ronda el problema del mito del documento. Un documento no habla por si solo; es el investigador quien lo interroga y lo interroga desde los límites de su cultura, de su formación e, incluso, de su ideología. El documento es solo la materia prima. No se deviene historiador porque se trabaje con documentos. En otra dirección, lo mismo sucede con el género testimonial. El testimonio es el recuerdo presente de algo que se vivió. No pocas veces el transcurso del tiempo desdibuja la imagen de lo vivido. Por ello, el Club Martiano Faustino Pérez de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana tomó cuerpo, para abrir investigaciones, empleando diversas técnicas —documentales, testimoniales, de prensa escrita, radial o televisiva, de anuncios y fotografías, de investigación in situ en los lugares donde tuvieron lugar hechos notables y, también, hechos aparentemente sin importancia pero que rescatan el “espíritu de una época”—. Los Seminarios tenían el valor adicional de que los expositores-testimoniantes sometían sus trabajos a un público crítico y, muchos de ellos, también participantes de los acontecimientos narrados. Lamentablemente no siempre pudo recogerse las participaciones del público. Allí donde las teníamos grabadas, fueron transcritas y están presentes en esta obra.

El apoyo de los rectores sucesivos de la Universidad de La Habana, Juan Vela Valdés y Rubén Zardoya Loureda, y del decano de la Facultad de Filosofía e Historia, José Carlos Vázquez, ha sido decisivo para el desarrollo de las actividades del Club Martiano Faustino Pérez y para el éxito de los Seminarios. Creo recoger el

XXI

sentir de todos los participantes en estos últimos, al expresar la gratitud y el reconocimiento de todos a los compañeros Enrique Oltuski, Armando Hart y Héctor Rodríguez Llompart por la dedicación y el esfuerzo sostenido en tan urgente y útil empeño.

Esta obra está dirigida a la juventud y al pueblo cubanos y, por ello, tiene una especial dedicatoria.

EDUARDO TORRES-CUEVAS  
Presidente  
Casa de Altos Estudio  
Don Fernando Ortiz  
Universidad de La Habana.  
25 de abril de 2007

XXII